

México ante la crisis en Centroamérica

Dr. Edmundo Hernández Vela S.*

La prolongada y cada vez más perniciosa dominación estadounidense sobre las que despectivamente llamó "repúblicas bananeras" se debate rabiosamente por sobrevivir, ciega, indolente y sin prejuicios, ante la cada vez más desesperante y explosiva situación en la que los países centroamericanos se encuentran sumidos desde hace más de un decenio, al acumularse las lacras de un sistema oligárquico, autoritario y represivo, impuesto desde Washington, con la caída pertinaz de la producción, en gran parte de monocultivo, el empleo y el nivel de vida, con el aumento progresivo e incontrolable de los precios y del déficit de la balanza de pagos, especialmente de la deuda externa.

El producto interno bruto de los centroamericanos en 1983, en promedio menor a mil dólares per cápita al año, fue inferior al de 1973 y se ha estancado, mientras, en contraste, la deuda global de la región pasó de 1,349 millones de dólares en 1970, a 13,356 millones de dólares en 1983, correspondiendo pagar a cada uno de los casi 25 millones de habitantes, la cantidad de 600 dólares en promedio.

La mayoría de la población tiene agudas carencias en materia de

salud, educación, vivienda, empleo y bienestar general, mientras un reducido grupo de privilegiados se aprovecha de los recursos existentes y de los frutos del trabajo de los primeros. Asimismo, la milicia y los armamentos al servicio de las oligarquías y de sus patrones extranjeros, consume ávidamente lo que debería ser empleado para impulsar el desarrollo y el progreso de la región.

Ante esta crónica y cada vez más deprimente situación se vino a sumar el tremendo aumento de los precios del petróleo a partir de 1973, que inició severamente en las magras economías de estas naciones; y el impresionante triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, en 1979, sirvió como detonador de la crisis regional, con la consecuente intensificación de los movimientos de liberación nacional en los demás países.

Por eso no se necesita ser clarividente para percatarse de que Centroamérica, como El Caribe, vive una maligna crisis general, de raíces socioeconómicas evidentes, a la que Estados Unidos adjudica un origen ideológico-político con el vano fin de rehuir la enorme responsabilidad en que ha incurrido y rechazar imprudentemente la de ser promotor e impulsor de la pacificación, estabilidad y progreso del Istmo.

Los estadounidenses aún no quieren aceptar la necesidad de transformación y verdadero desarrollo de las sociedades de la región

y no asimilan las enseñanzas que debieron obtener de los acontecimientos en Cuba, Vietnam, Nicaragua y otras partes del mundo.

El férreo e intenso ejercicio del poder hegemónico estadounidense en el continente ha limitado su sensibilidad sobre la real situación de sus poblaciones y ha determinado la prepotencia con la que se empeñan en calificar apriorísticamente de "izquierdista", para ellos también sinónimo de "marxista-leninista", y en oponerse y obstaculizar por todos los medios posibles, a todo movimiento interno que tienda a modificar el status quo y que, por lo tanto, pueda afectar sus intereses "vitales"; de ahí que su percepción sobre la ubicación y los objetivos de las fuerzas actuantes esté prejuiciada, viciada y carezca de objetividad.

Desafortunadamente, la actual administración estadounidense ha optado por radicalizar su actitud intransigente frente a la multiplicación y el incremento de las manifestaciones populares en Centroamérica, El Caribe y otras partes del continente y del mundo, que claman la imperiosa y ya impostergradable necesidad de cambio en sus actuales estructuras económicas, sociales y políticas, como único camino para salir de sus condiciones deplorables de atraso, miseria e injusticia.

Estados Unidos ha intensificado así su apoyo irrestricto a sus más incondicionales subordinados, convirtiendo a los gobiernos de Cos-

* Profesor de Carrera T.C. en la FCPyS, UNAM. Presidente de la Sociedad Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.

ta Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras, en regímenes cada vez más opresivos, represivos e insoportables; prefiriendo mantener, hasta el final, la defensa a ultranza de sus intereses hegemónicos, y pretendiendo ignorar las obligadas consecuencias que a corto plazo tendrá su inconcebible negligencia; Nicaragua es un ejemplo de ello, aunque se obstinen en negarlo y revertirlo.

La administración Reagan ha desoído a diversos e importantes sectores de la opinión pública y de la vida política norteamericana, así como del exterior, particularmente de México, que aconsejan una actitud realista, comprensiva e inteligente de su gobierno para encauzar un proceso efectivo de desarrollo en la región, lo que aplacaría y hasta ayudaría a borrar el actual acendrado pero muy bien ganado antinorteamericanismo.

La política del Presidente Reagan se sitúa también en los inicios de la segunda postguerra cuando manipula a sus subordinados para que actúen por cuenta de él, enfrentándolos a las tendencias nacionalistas progresistas de países y movimientos en el área; así podemos comprender mejor las actitudes y acciones de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras, cuyos gobiernos debían estar dedicados por entero a resolver sus severos problemas internos y preocupados en decidir ellos mismos su futuro, en lugar de estarle haciendo el juego a Estados Unidos, en contra de sus propios pueblos.

Una clara mística puritana y maniquea influye en los designios estadounidenses para Centroamérica y El Caribe, como para todo el mundo, apoyándose en el armamentismo y el belicismo para recuperarse de la recesión y de la cada vez más precaria languidez de las glorias pasadas.

La actitud del actual mandatario estadounidense, cual iluminado,

es tan insensata que implica un profundo desprecio por la dignidad humana y los principios básicos de derecho a los que alude constantemente y que su país se ha comprometido en incontables instrumentos internacionales a cumplir. En esta línea destaca su "valerosa" y "heroica" intervención militar en la pequeña Isla de Granada, así como la feroz propaganda terrorista, la intensa acción subversiva, la fabricación de grupos armados opositores y su apoyo masivo, las maniobras militares intimidatorias permanentes, el establecimiento de bases militares, el minado de puertos, el bloqueo económico y otras formas de hostigamiento contra Nicaragua, etcétera, etcétera.

Por eso es obvio que nuestro país no encaja de ninguna manera en la política prepotente que ha resuelto continuar y acentuar el hegemonía capitalista, a pesar de que numerosas voces se han alzado dentro y fuera de Estados Unidos sugiriendo el paulatino retiro norteamericano del apoyo que tradicionalmente ha venido dando a los regímenes dictatoriales, castrenses e impopulares, centroamericanos y caribeños, sin el cual estos no se sostendrían en el poder; y, al mismo tiempo, el desmantelamiento de la oposición y los obstáculos que los gobiernos estadounidenses han puesto para que la política constructiva de México tenga mayor eficacia en la región.

Dado el franco carácter pernicioso de la crisis centroamericana que amenaza alcanzar aún mayores proporciones y extender sus consecuencias fuera del área, se requiere forzosamente del cese inmediato de toda forma de intromisión estadounidense o, cuando menos, del pronto inicio del retiro progresivo de este país, para dar paso a verdaderas negociaciones francas y serias entre los países involucrados, ya que sea espontá-

neamente o con la mediación de buena voluntad de otros países, cuyo pivote sería el Grupo Contadora.

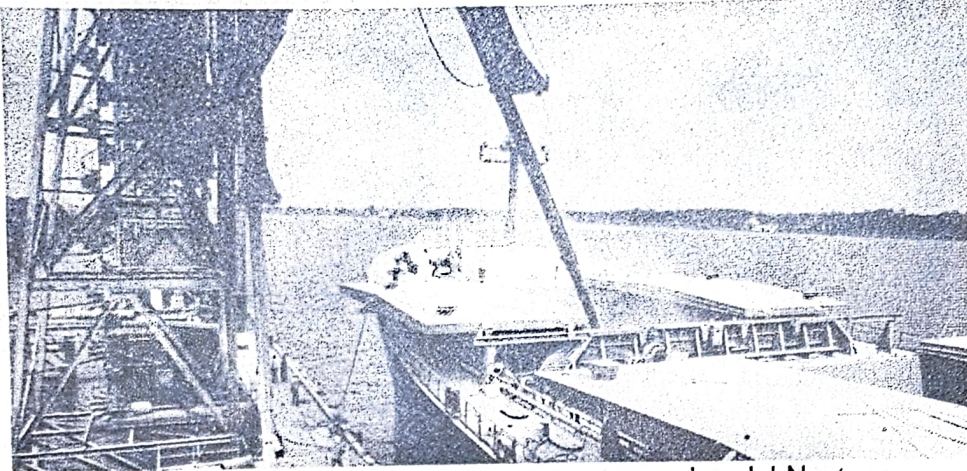
Únicamente la negociación directa bilateral y multilateral de los gobiernos centroamericanos, pero sin ninguna injerencia de intereses ajenos, puede sentar las bases de la estabilización del Istmo como escalón para la imprescindible revitalización del proceso de cooperación e integración regional, en una nueva etapa en la que se corrijan las fallas anteriores y se establezcan mecanismos más eficaces para impulsar su desarrollo en todos los órdenes, canalizando para ello tanto los recursos propios como los externos que les sean suministrados en forma conveniente y apropiada.

Paralelamente a la estabilización regional seguramente recomenzarán en cada país los arreglos internos para establecer el régimen político y social con las características y modalidades que determinen sus propios pueblos.

La duración de los últimos tres procesos, así como sus alcances y variaciones, dependerán del primero; es decir, del grado de autonomía con que cuenten para ello todos los países centroamericanos, así como de los recursos no militares ni para fines militares que puedan obtener.

Ante estas circunstancias no es posible esperar que la acción de México, por sí sola o junto con la de otros países igualmente bien intencionados, como ha sido manifiesto en el caso del Grupo Contadora, tiendan a, ni puedan lograr resolver la crisis centroamericana, excepto en cuanto fuere dirigida fundamentalmente a obtener el retiro estadounidense en la misma.

Nuestro país, a pesar de no tener relaciones muy intensas con Centroamérica, en buena medida precisamente a causa de la desmedida injerencia de Estados Unidos en la región, a la que este país ha con-



siderado como su coto de caza exclusivo, no puede soslayar los acontecimientos ni sus repercusiones presentes y futuras y debe aprovechar la oportunidad de influir para reencauzar favorablemente la situación.

En primer lugar, se trata de países vecinos, con los que históricamente compartimos serios problemas que van desde el subdesarrollo con todas sus implicaciones, hasta la asfixiante deuda externa, teniendo todos como común denominador la ominosa hegemonía estadounidense.

En segundo lugar, la parte sur de nuestro país es la zona más riesgosa de contagio de los aspectos más nocivos de la crisis Centroamericana, que aún no llega a ese grado en nuestro territorio. Muestra de ello es la gran afluencia de refugiados guatemaltecos y de otros países en el Sudeste de México.

En tercer lugar está el hecho de que Estados Unidos ejerce diversos tipos de presiones a México por medio de los países centroamericanos, algunos de cuyos gobiernos se prestan campantemente para ello, llegando en ocasiones a perpetrar ataques a nuestros nacionales y sus propiedades en nuestro propio territorio, con el fin de darnos un aviso intimidatorio por la retaguardia o de incitarnos a responder violentamente para deslegitimar nuestra tradicional posición legalista cuando ésta irrita demasiado

a nuestro vecino del Norte.

El cinismo estadounidense en esta materia llegó al colmo a principios del régimen de López Portillo, cuando ejerció diversas, intensas y poco sutiles presiones para que nuestro gobierno incrementara sensiblemente los gastos militares, con la compra de equipo bélico más moderno y cuantioso, con el fin de asegurar la defensa de las instalaciones petroleras del país. Era necesario que nuestro país garantizara plenamente y en forma permanente el abasto de petróleo a Estados Unidos para la reconstitución de sus reservas estratégicas, para lo cual seguimos siendo el principal proveedor.

Para convencernos, Estados Unidos siempre usó el argumento de que de extenderse los movimientos revolucionarios centramericanos, éstos podrían ser usados por países ajenos a la región para efectuar el suministro de petróleo a Estados Unidos, destruyendo los campos petroleros de México. Lo cierto es que el único país que tendría algún interés para atreverse a tal acción sería Estados Unidos, que hace mucho cuenta con planes detallados y precisos de ocupación de nuestros recursos estratégicos, en caso de que le fuese necesario. Ningún estado socialista obtendría algún beneficio o ventaja con semejante acto de hostilidad hacia México. Aquí viene a nuestra memoria el recuerdo del infame hun-

dimiento de los buques petroleros mexicanos Potrero del Llano y Faja de Oro, supuestamente perpetrado por los alemanes y que sirvió para doblegar nuestras reticencias a entrar en la Segunda Guerra Mundial.

Por otro lado, es evidente que Estados Unidos está profundamente disgustado por la afanosa actitud de México en la búsqueda de una solución pacífica a la crisis centroamericana, en franca oposición a la política estadounidense de defensa de sus propios y contrarios intereses.

Por las razones mencionadas con anterioridad y en total concordancia con su acostumbrada política juricista, si bien más dinámica y con un prudente compromiso político y económico, México ha desplegado en años recientes una inusual y variada actividad diplomática que sólo tiene cierto parangón con la efectuada durante la cuestión cubana a principios de los sesentas.

Asimismo, en esta ocasión, como ya se ha hecho costumbre, nuestro país ha optado por la acción multilateral, aunque sin abandonar las relaciones regulares con los países de la región ni la práctica de hacer declaraciones unilaterales de sobresaliente corte legal, incluyendo las que se hicieron para mostrar simpatía al régimen sandinista al triunfo de la revolución en Nicaragua.

Así, las acciones conjuntas de México han sido diversas, desde el reconocimiento franco-mexicano del estado de beligerancia en El Salvador en 1980; el Acuerdo de San José, mexicano-venezolano, del mismo año, para apoyar con energéticos el desarrollo de América Central y El Caribe; la creación de la Naviera Multilateral del Caribe (NAMUCAR); promover la formación por el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), del

Económico y Social de América Central (CADESCA); hasta iniciar la resolución del Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos (OEA), que condena todo tipo de intervención política, así como la aplicación de sanciones económicas, a raíz del embargo comercial establecido el 10. de mayo del año en curso por Estados Unidos contra Nicaragua; así como una resolución similar del SELA.

Pero el empeño fundamental de México se ha encauzado en el llamado Grupo Contadora, integrado, además, por Colombia, Panamá y Venezuela, que inició sus actividades en enero de 1983 con tres objetivos principales en la región: detener la guerra, crear condiciones pacíficas e impulsar el proceso de desarrollo.

El Grupo ha sobrevivido a la abierta, intensa y muy variada oposición de Estados Unidos, en complicidad, con altibajos, de los gobiernos de El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala. Actualmente se ponen a prueba sus últimos resultados al someter a dichos gobiernos, además del de Nicaragua, para su aprobación y firma, una nueva versión del Acta

de Contadora, con la que se busca lograr la paz y la cooperación en Centroamérica.

Es obvio que el Grupo Contadora ha seguido una política demasiado prudente y tímida, ya que ninguno de sus miembros ni en conjunto han dicho de manera formal y contundente que el factor decisivo de la crisis lo constituye Estados Unidos, ni mucho menos que los gobiernos de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras no son autónomos para decidir el futuro de sus pueblos; en contrapartida, cada vez que aluden a la no injerencia externa, se refieren de manera general y ambigua a Estados Unidos, Cuba y Unión Soviética.

No obstante, también es indudable que el Grupo Contadora, y por lo tanto, la destacada posición de México en el mismo, ha significado hasta ahora un valioso retén para la acción violenta estadounidense en Centroamérica, a pesar del ejercicio de prueba que hicieron sus fuerzas militares en Granada, donde, una vez más, se cubrieron de gloria.

Además, estamos ciertos de que más vale una resistencia activa al imperialismo estadounidense, aun-

que ésta sea incipiente y tibia, que el puro conformismo, tan caro a nuestros pueblos; así vemos con optimismo que cada día crecen las muestras de apoyo de todo el mundo a tales esfuerzos y, sobre todo, que hay intentos formales de apuntarlos, como es el caso del Grupo de Lima.

Finalmente, diremos que México y sus compañeros del Grupo Contadora requerirán aún de mayor ingenio y resistencia, no solo para retardar la explosión, sino para acentuar la hegemonía estadounidense y lograr el reencauzamiento de la situación de manera favorable para toda la región.

Una ventaja adicional se lograría si con ésta experiencia, México, haciendo a un lado el poco eficaz y muy riesgozo pragmatismo, consolidara la institucionalización de una política integral permanente, tendiente a lograr la solución política de los problemas caribeños y centroamericanos con la participación efectiva de todas las fuerzas sociales, económicas y políticas de cada país, en busca de la estabilidad de ambas regiones basada en el pluralismo ideológico y sin la participación extranjera nociva.

La consecución de estos objetivos y, por lo tanto, la eficacia de la acción, de México requiere además de otras formas de acción no necesariamente oficiales, pero si más vigorosa y contundentes, a través de las cuales no sólo se logre el consenso del pueblo de México ante la política de su gobierno, sino que también se involucren de manera formal y eficiente, tanto el poder legislativo como los sectores políticos, económicos, intelectuales y otros, más influyentes del país, para contrarrestar y superar las manifestaciones y acciones de dentro y fuera del país, particularmente las orquestadas por el gobierno estadounidense, en contra de México y su persistente acción antimperialista.

**El petróleo nos abre un camino
hacia el auténtico desarrollo equilibrado
con autodeterminación financiera.**

